

protestantes un salvador y un mediador? Oigamos á Coquerel: "Para los que creen que Jesus vivió con su Padre en una union enteramente especial y única; para los que creen que lo divino ha brillado en él con un esplendor por siempre incomparable, para esos es el mediador. Quien lo ha visto ha visto al Padre; él nos ha manifestado á Dios como nadie lo ha hecho ni lo hará jamas; nadie, como él, ha tenido el dón de comunicar á Dios á los que le buscan. Así es el Salvador del mundo el Salvador de todos; y si vivimos de su vida, si nos unimos en espíritu con Él, vivimos en Dios, nos unimos á Dios. San Pablo lo ha dicho todo en estas dos palabras: "Vosotros sois en Cristo y Cristo es en Dios" (1). Ese es el lenguaje de la vieja ortodoxia, y esas son tambien sus ideas. Oigamos todavía á Coquerel: "Si Jesus es el *Salvador*, si ha venido á *buscar* y á *salvar* lo que estaba *perdido*, si es el *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*, ¡oh! ¡entonces todo se esclarece, todo se anima, todo se inflama! ¡Decidme entonces su *celestial grandeza*, á fin de que yo la bendiga por haberse *anulado* hasta tomar la forma de *servidor* para salvar á los pecadores! Contadme sus ejemplos, y Él me dará, para imitarlo, algo de su fuerza; decidme sus preceptos, y Él penetrará en mí para hacérmelos practicar con su espíritu de vida; habládme de su amor, y Él me comunicará el fervor y la abnegacion; referidme su vida, para que se haga mía; su muerte, para que me anime contra la *muerte que me espera* y cuyo aguijon Él rompió; su *reino celestial* y su *intercesion*, para que un día espere un puesto cerca de Él en *el cielo*, y entonces yo diré á Dios, no ya con terror y temblando, sino con una firme y radiante esperanza: ¡Oh Dios! En nombre de Jesus, en nombre de tu Hijo y de mi Redentor, apiádate de mí, que soy pecador, pero que soy tambien el discípulo de tu Cristo y por Él rescatado."

Un católico podría suscribir esa página, lo cual quiere decir que no la pueden aceptar los libres pensadores. ¿Qué importa que se abandone el dogma metafísico de la divinidad del Cristo, si se mantienen las creencias que han hecho que se establezca ó que de él se derivan? Semejante protestantismo no es liberal sino en las palabras; se mantiene ortodoxo por los sentimientos, y pudiera

(1) ATHANASE COQUEREL, *la Vie de Jésus*, par Renan (*Le Protestant libéral*, de 17 de Noviembre de 1861).

compararse al fiel que sintiera no poder creer en el Hombre-Dios, pero que se desquitara redoblando el fervor del culto que le tributa. La razon le arranca la negacion de la divinidad metafísica; mas hecho este sacrificio, no quiere ya hacer otro: rechaza el principio y mantiene las consecuencias. Y no se crea que el pastor Coquerel es una voz aislada. Verdad es que no hay profesion de fe general entre los protestantes liberales, puesto que ya no quieren cristianismo dogmático; pero hay creencias dominantes, y Coquerel es en cierto respecto su órgano. Cuando en 1864 quisieron los ortodoxos arrojar á los liberales de la comunión cristiana, reclamaron éstos apelando á la declaracion que habian presentado al sínodo de 1848: "Hemos tenido la dicha de convenir en el único fundamento que puede existir, á saber, Jesucristo y Jesucristo crucificado; hemos hallado en Él para cada fiel, así como para la Iglesia entera, la verdadera fuente de vida, al propio tiempo que el más perfecto de los bienes... Para nosotros, es Jesucristo juntamente el salvaguardia de la libertad, pues que Él es quien emancipa y liberta, y el salvaguardia de la fe, puesto que Él es su jefe y consumador. Nosotros lo reconocemos con alegría y amor por nuestro *único Maestro*, por nuestro *Salvador*, por nuestra *única esperanza* en el cielo y sobre la tierra, *donde toda rodilla debe doblarse ante Él* y confesar toda lengua que Él es el *Señor*. No queremos otro *Mediador* que Él, ni otra *regla* que su *palabra*, ni otro *guía* que su *espíritu*, ni otra *salvacion* que la de que Él es el *autor*, y bendecimos con efusion á Dios por haber amado tanto al mundo que ha dado su Hijo único á fin de que cualquiera que crea en él no perezca, mas tenga la vida eterna" (1).

Si fuera esa la última palabra del protestantismo liberal, habría que desesperar del porvenir del cristianismo, porque jamas se afiliarán los libres pensadores á semejante declaracion; mas felizmente no hay entre los protestantes liberales nada decretado ni definitivo, y mucho dudamos que si tuvieran hoy que hacer una declaracion, la formularan en los términos que emplearon en 1848, pues cada día se desprenden más de los lazos de la tradicion y se acercan más á la religion pura del espíritu. Empero hay todavía en los avanzados ligaduras que recuerdan el cristianismo tradicional, y

(1) *Le Protestant libéral*, del 1.º de Diciembre de 1864.

que deben desaparecer, si se quiere que los libres pensadores se hagan cristianos. Ya hemos oído á Réville, quien, con sér un espíritu libre, se resiente en el hecho de esa influencia, transigiendo á veces, nos parece, con los prejuicios que reinan todavía entre los protestantes. Él tambien es un hombre de transición tanto como un precursor de lo porvenir, pues si desecha resueltamente la naturaleza divina de Jesucristo y las dotes sobrenaturales que ciertos liberales quisieran agregar á la naturaleza humana del Cristo, reconoce todavía á Jesus como Salvador y Mediador, fundándose en el hecho natural de su perfeccion humana. Así sostiene que Jesus llegó á la perfeccion humana, la única que puede darse en seres sometidos á nuestra condicion y por la cual se justifica el sentimiento que expresa de su unidad con Dios y su pretension de ser el jefe del reino de los justos. Por manera que sin Jesucristo perdería la humanidad la unidad que preside á sus destinos terrenales como á sus destinos futuros, pues le faltaría su centro de atraccion, que es y será siempre Jesucristo convertido en el hombre perfecto.

Parécenos que este *oficio de medianero* no será del gusto de los ortodoxos, y estamos bien seguros de que no lo aceptarán de ninguna manera los libres pensadores. Un escritor protestante que ha tenido el valor de romper abiertamente con el cristianismo tradicional, Pécaut, dice con razon que la doctrina del pastor protestante es un último y tímido ensayo hecho para salvar del naufragio algunos restos de lo *absoluto*, es decir, de la revelacion sobrenatural (1). El ensayo es desdichado; pero como la idea en que se apoya, la de la *perfeccion humana* del Cristo está muy difundida en el mundo protestante, es preciso detenerse á examinarla. No queremos quitar á los cristianos una conviccion que aman; pero debemos decirles que los libres pensadores ven en ella una preocupación que, mientras no sea abandonada, les impedirá afiliarse al protestantismo liberal. ¿Qué es, en efecto, la perfeccion humana del Cristo? Una ilusion, una imposibilidad.

Si Jesucristo es hombre, es un sér finito, imperfecto como nosotros y que si tiene en sí el germen de una perfeccion infinita, jamas alcanzará la perfeccion. La perfeccion y la humanidad son co-

sas inconciliables, y, por tanto, la idea de *perfeccion humana* es un contrasentido, implica una contradiccion. Si se entiende por ella la perfeccion que puede alcanzar el hombre dentro de las condiciones naturales de su existencia; entonces la perfeccion no es más que relativa, se convierte en una imperfeccion. En efecto, la condicion del hombre implica un estado de lucha entre los instintos de la naturaleza física y las inspiraciones de la conciencia: no nace presa de la corrupcion, consecuencia de un misterioso pecado, como creen los ortodoxos, pero tampoco nace inocente, sin ningún germen de mala pasion, como han imaginado Shaftesbury y Rousseau; hay una faz de su naturaleza que lo solicita al mal, y aún hay que añadir que nace con inclinaciones más ó menos malas. Verdad es que tiene la conciencia y la razon para combatirlas; pero donde hay combate hay alternativa de victoria y de derrota: el que lucha constantemente y despues de sus caídas lucha con nuevo valor, ese es el hombre perfecto. No es así como lo entienden los protestantes que exaltan la perfeccion humana de Jesucristo: suponen que el Cristo fué el hombre de corazón puro, sin pecado, y, por consecuencia, sin caída. Esto excede de las fuerzas de nuestra naturaleza; Jesus habría sido, pues, más que hombre; habría tenido en sí un elemento divino que está por cima de la humanidad; y siendo así, Jesucristo deja de ser hombre para convertirse en un sér intermedio entre la humanidad y Dios, es decir, un sér imaginario, el *Logos* de San Juan ú otra cosa por el estilo. Nada más ilógico, y llamémoslo por su nombre, nada más absurdo. Se comienza por decir que Jesus es hombre, y se acaba por ponerlo fuera y por cima de la humanidad. Una vez emprendida esa senda, ¿dónde se parará? En la pendiente de lo imaginario es imposible contenerse. Más vale la ortodoxia, decía Leibnitz; y Lessing añadía que la semi-ortodoxia le inspiraba una insupportable repugnancia (1).

Dejemos el dominio de la imaginacion y entremos en la realidad de las cosas. Se pretende que Jesucristo fué sin pecado. ¿Por dónde saben esto los protestantes? ¿Tenemos acaso memorias de la vida íntima del Cristo, escritas por él mismo? Porque sólo él podría decirnos si no sucumbió jamas

(1) Véase una excelente crítica de la concepcion protestante en los *Zeitstimmen aus der reformirten Kirche der Schweiz*, 1866, núms. 9 y 10, p. 186 y sig.: 192 y siguientes.

(1) PÉCAUT, *le Christ et la Conscience*, p. LII.

en la lucha inevitable entre el bien y el mal. Los Evangelios no nos ofrecen más que la tradición, y ni siquiera la tradición primitiva, de las leyendas ó de los mitos, llámense como se quiera. Todas esas narraciones tienden á exaltar el ilustre personaje cuya figura iba creciendo á medida que la nueva religión se extendía. Los Evangelios no nos dan siquiera á conocer con exactitud la carrera pública del profeta de Nazareth. Hojéese la *Nueva Vida de Jesús* por Strauss, y se verá lo que queda de la tradición evangélica. Los que han querido colmar sus lagunas han acabado en la novela. Preciso será, pues, confesar nuestra ignorancia, en vez de afirmar la cosa más difícil, la más imposible de probar, pues que el drama de la moralidad y del perfeccionamiento pasa en las profundidades de la conciencia (1).

Si la perfección humana ó sobrehumana del Cristo es una ilusión, ¿qué decir del OFICIO DE MEDIADOR del Salvador? Jesús es ciertamente el más grande de los reveladores; la humanidad le deberá siempre su admiración y su reconocimiento; pero de aquí á pretender que sea un mediador entre nosotros y Dios hay un abismo. Reveladores y sabios ha habido que, aunque en menor grado, han influido en el perfeccionamiento de la especie humana. Sócrates no es indigno de ser citado al lado de Jesucristo; enseñó á sus discípulos á hacer el estudio más capital, el de sí mismos; preparó por esta enseñanza á los Griegos á la *buen nueva*, al arrepentimiento, á la conversión, y no conocemos espectáculo más edificante que el de su muerte: fué el sacrificio de la vida á la idea del deber. ¿Quiere esto decir que Sócrates sea un mediador y que sea necesaria su persona para nuestra vida moral? Nos aprovechamos de sus lecciones y de su martirio; pero ni él, ni Epicteto, ni ningún otro sabio son necesarios á nuestra salvación. ¿Por qué habría de serlo Jesucristo? La idea de mediación se comprende si Jesucristo es una persona divina, la encarnación del Verbo de Dios; pero no tiene sentido si se rechaza el dogma de Nicea.

Han transcurrido siglos ántes del nacimiento de Jesús: durante ese largo espacio de tiempo, ¿habrían estado los hombres sin lazo con Dios porque les faltaba un mediador? ¿Y los pueblos que no

(1) FÉLIX PÉCAUT, *le Christ et la Conscience*, p. 240, 250 y siguientes.

han oído jamás hablar del Cristo á pesar de su venida? El hombre está naturalmente en relación con Dios, mientras que para ver un Mediador en Jesús tenemos necesidad de una cierta educación, es decir, de una iniciación fáctica. Hay más: donde ese lazo fáctico existe, debilita el lazo verdadero que liga al hombre con Dios. La conciencia nos dice que debemos tener un solo fin, Dios, y un solo móvil, el amor de Dios: si al lado del Dios supremo ó por bajo de Él se propone á nuestro amor un segundo sér ideal, ¿es posible que el alma tribute su culto al Padre y al Hijo, á Dios y al Mediador, sin sacrificar el uno ó el otro? La historia nos responde. En la Iglesia ortodoxa por excelencia hay tres personas divinas, y en realidad sólo se adora al Hijo, bajo la figura de Jesucristo; el Padre no se cuenta sino por memoria en la Trinidad, y por lo que hace al Espíritu Santo, está completamente olvidado. Cuando decimos que el Cristo es el Dios de los católicos, no hablamos de las masas; que éstas han tomado la mediación por lo serio, y saben que hay una mediadora que tiene omnimoda influencia cerca de Jesús, y por un cálculo excelente, los fieles se dirigen á la Madre con preferencia al Hijo. Hé ahí cómo la idea de que necesitamos un Mediador conduce á la más grosera idolatría. Ni siquiera basta la Virgen: cada cual quiere tener su Dios particular; á fuerza de mediadores, se cae en el politeísmo. Y eso es inevitable.

En vano se dice que la idolatría católica es un abuso; el abuso está en la idea misma de un mediador: en cuanto se admite la necesidad de una mediación cualquiera, la unidad que debe existir en nuestras relaciones con Dios se rompe. El mediador tiene su personalidad, personalidad tanto más elevada, cuanto es más importante su oficio. Será, pues, á dos seres y no á uno solo á quienes tributaremos nuestro culto. Ahora bien, esto es imposible. El hombre no puede dividirse así; tiene que reinar la unidad en la obra de su desarrollo moral; dejará, pues, á un lado á uno de sus dos señores. De hecho, Jesucristo ha sido el Dios único de los cristianos mientras han creído en su divinidad: el Mediador ha absorbido al Padre. Desde que ya no creen en el Dios-Hombre, no necesitan un mediador y se pasan sin él. ¿Cuántos fieles hay que se imaginan que creen en el Cristo Salvador y Mediador, cuando, en realidad, no piensan

ya en el Cristo, sino únicamente en Dios? El Mediador puede haber sido necesario durante la infancia del género humano; lo cierto es que hoy los hombres más morales y más religiosos trabajan en su perfeccionamiento sin pensar en Jesucristo.

Insistimos en este punto, porque es capital para el porvenir de la religión cristiana. No negarán los protestantes liberales que existen fuera de su Iglesia hombres que obedecen á la ley moral, que aman á Dios y á su prójimo sin servir á Jesucristo; y cuando se esfuerzan por persuadir á los libres pensadores de que harían bien en entrar en comunión con el Cristo, los libres pensadores no los comprenden ya, porque si honran también á ese gran nombre y reconocen de buen grado lo que la humanidad le debe y lo que le deben ellos mismos, dicen que es á Dios más que á un hombre á quien son deudores de tales beneficios. ¿No es á una inspiración divina á lo que debe su superioridad Jesucristo? Esa inspiración es un misterio para nosotros; pero ¿dónde hay que buscar la explicación del misterio, en la criatura ó en el Creador? En definitiva, no hay entre nosotros y los más ilustres personajes sino una diferencia de grado: Dios nos inspira á todos; los menos inspirados nos aprovechamos del conocimiento ó del amor que en los elegidos de Dios resplandece; pero ¿no reciben éstos de Dios sus dones? Á Dios, pues, es á quien debe elevarse nuestro reconocimiento, y sólo á él debemos servir. ¿Qué responderán los protestantes á los libres pensadores? No tienen más que deprecaciones y lamentos. ¡Deprecaciones estériles! ¡lamentos inútiles! El mundo se les va; cada día se rompe un eslabón de la cadena que lo ligaba á lo pasado. La mediación es uno de esos eslabones. Enseñado á creer en Dios, el espíritu humano ha acabado por tomar en serio esta verdad, y ya no quiere conocer otro artículo de fe que Dios, ni tener otro fin que Dios; en una palabra, la conciencia moderna no tiene ya necesidad de mediador: no quiere otro Dios que Dios (1).

IV.

Hay todavía un punto secundario sobre el cual están en desacuerdo los libres pensadores con los

(1) No hemos hecho más que analizar el trabajo de Mr. PÉCAUT, *le Christ et la Conscience*, p. 145 y siguientes.

protestantes avanzados. Los ortodoxos reprochan á los liberales el rechazar la inspiración de la Escritura y su divina autoridad; dicen que los liberales ponen los libros sagrados al nivel de los demás libros, lo cual destruye la idea de la Sagrada Escritura, de la palabra de Dios. ¿Qué responden los liberales? Que se les calumnia. Vamos á transcribir algunas líneas tomadas de las homilias de Atanasio Coquerel: "No sólo se apela rara vez á los libros sagrados del Nuevo Testamento, y no se sabe hacer bastante uso en la vida de las luces, del consuelo, de las fuerzas que de ellos pudieran sacarse sin cesar, sino que en general se lee mal el Evangelio, se le comprende poco... Las palabras de nuestro *Divino Maestro* tienen más derecho á nuestra veneración que todo lo demás; tienen un carácter excepcional, único, de gracia y de *autoridad*, de elevación y de sentido práctico; y no basta creer en Jesucristo como en el *Hijo de Dios* y en el *Salvador del mundo*, tener fe en su *divinidad*, conmoverse con su muerte, *esperar el perdón en su nombre*, porque ántes de morir por nosotros vivió para nosotros, habló, y habló para ser escuchado, *mandó para ser obedecido...*" En otro pasaje dice: "Hay en la Escritura una especie, ¿qué diré no sabiendo qué nombre humano emplear? una especie de poesía más sublime y más real que toda otra. Ese carácter de elevación y de belleza ideal difunde sobre las verdades y los hechos evangélicos como un reflejo de su *celestial origen*... En las narraciones del *discípulo que el Señor amaba* es donde sobre todo aparece esta gracia nativa de las *cosas del cielo* en toda su frescura y en toda su pureza; el corazón amoroso y fiel de San Juan comprendió mejor que ningún otro á su *divino Maestro*, y, como nadie, sintió lo que había de nuevo para este mundo, lo que había de *divino* en la inefable caridad de Jesús, en la energía de su admiración, de su humildad absoluta, de su *perfecta santidad*," (1).

Todas las ilusiones se enlazan. Si Jesucristo es el *Maestro divino*, si es el *Hijo de Dios*, si es el *Salvador del mundo*, si es de una *santidad perfecta*, sus palabras también deben ser *divinas* y venir del cielo; mas queda por averiguar si los que las recogieron fueron fieles intérpretes de su pensamiento: ¿estaban inspirados los evangelistas? Tenemos

(1) ATHANASE COQUEREL, *Homélie*, serie 2.^a, p. 172; serie 1.^a, página 217.—*Le Protestant libéral*, del 3 de Noviembre de 1864.